

migos; pero nada, en su conducta, durante muchos días que pasamos juntos, denotó una mala intencion de su parte. Domados por el terror del nombre de Ibrahim, cuyos emisarios creian ver en nosotros, nos dieron todo lo que puede ofrecer su país, el desierto libre, el agua de sus fuentes y un poco de cebada y de maiz para nuestros caballos. Dí gracias al jeque y á sus amigos por la escolta que venian á ofrecernos; se unieron á nuestra caravana, y corriendo aquí y allá á nuestros costados por los cerrillos de arena, aparecian y desaparecian con la rapidez del viento. Llamóme la atencion uno de sus caballos, admirable por sus formas y su ligereza, que era en el que cabalgaba el hermano del jeque, y encargué á mi dragoman que me le comprara á cualquier precio; pero como semejantes ofertas no pueden hacerse directamente sin una especie de ultrage á la delicadeza del dueño del caballo, se necesitaron muchos dias de negociaciones para hacerme posesor de aquel hermoso animal, que destinaba á mi hija, y que le regalé en efecto.

## JERICO.

Al cabo de una hora de camino nos hallamos impensadamente al pié de las murallas de Jericó, de veinte piés de elevacion sobre quince ó veinte de anchura, formadas de fagotes de espinos acumulados unos sobre otros, y dispuestos con admirable industria para cerrar el paso á los ganados y á los hombres, fortificaciones que no se hubieran desmoronado al sonido de la trompeta; pero que la chispa del pastor ó la zorra de Sanson hubieran incendiado. Aquella fortaleza de espinos secos tenia dos ó tres anchas puertas siempre abiertas, y donde sin duda velaban siempre de noche los centinelas árabes. Al pasar delante de aquellas puertas, vimos sobre los anchos techos de algunas chozas de barro, todas las mugeres y los muchachos de la ciudad del desierto, agrupados en las mas pintorescas ac-



titudes, que se apiñaban y se levantaban unos en brazos de otros para vernos pasar. Aquellas mugeres, cuyas espaldas y piernas iban desnudas, llevaban por único vestido un pedazo de tela de algodón azul, ceñida al talle con un cinturón de cuero; — los brazos y las piernas rodeadas de muchos brazaletes de oro y plata, el cabello revuelto y flotando sobre el cuello; algunas le llevaban trenzado y entretreído con piastras y sequíes, en inmensa profusión, que caían como una coraza sobre su pecho y sus hombros. Algunas había singularmente hermosas; pero no tienen aquel aire de dulzura, de tímida modestia y voluptuosa languidez de las mugeres árabes de la Siria. No son mugeres, son las hembras de los bárbaros; tienen en los ojos y en la actitud el mismo fuego, la misma osadía, la misma ferocidad que el beduino. Entre ellas había muchas negras, y no parecían esclavas: los beduinos se casan igualmente con las negras ó con las blancas, y el color no establece las clases; aquellas mugeres lanzaban ásperos gritos y se reían al vernos pasar; los hombres, por el contrario, parecía que reprobaban su indiscreta curiosidad, y solo nos manifestaban gravedad y respeto. No léjos de las murallas de espinos, pasamos por junto á dos ó tres casas de jeques, hechas con barro desecado al sol y de pocos piés de elevación; la azotea, cubierta de alfombras y de esteras, es la pieza principal, y donde casi siempre está la familia día y noche:

delante de la puerta hay un ancho banco de barro desecado donde se estiende un tapiz para el jefe, quien se establece en él desde por la mañana, rodeado de sus principales esclavos y visitado por sus amigos: el café y la pipa humean allí sin cesar. Un gran patio lleno de caballos, de camellos, de cabras y de vacas, rodea la casa: siempre hay dos ó tres hermosas lleguas ensilladas y puesto el freno para si quiere salir el amo.

Solo nos detuvimos algunos momentos junto al palacio de barro del jeque; quien nos ofreció agua, café, pipas, é hizo matar un becerro y varios carneros para nuestra caravana. También recibimos de regalo granos de maiz tostados, pollos y sandias; luego salimos precedidos por el jeque, y unos quince ó veinte de los principales árabes de la ciudad; hallamos algunos sembrados de maiz y de mijo, bien cultivados en las cercanías de Jericó; algunos huertos de granados y de naranjos; varias hermosas palmeras rodean también las casas esparcidas al rededor de la ciudad; luego todo es desierto y arena. Este desierto es una inmensa llanura con muchas gradas que van bajando sucesivamente hasta el Jordan como verdaderos escalones naturales; los ojos no ven mas que una llanura lisa; pero despues de haber andado una hora, se halla uno de repente á la vera de uno de aquellos terrados; se baja una rápida cuesta, se anda toda-



vía una hora, luego llega una nueva cuesta y así sucesivamente. El piso es una arena blanca, sólida y cubierta de una corteza concreta y salina, producida, sin duda, por las nieblas del mar Muerto que, evaporándose, dejan aquella corteza de sal; no hay piedra ni tierra, escepto al acercarse à las orillas del rio ó de las montañas; por todas partes se tiene un horizonte bastante vasto, y desde muy léjos se puede distinguir un árabe galopando en el llano.

Como este desierto es el teatro de sus correrías, del pillage y destruccion de las caravanas que van de Jerusalem á Damasco, ó de Mesopotamia á Egipto, los árabes se han aprovechado de algunos cerros formados por la arena movediza, y han formado de esta suerte otros facticios para ocultarse de las miradas de las caravanas y observarlas desde mas léjos; abren un agujero en la arena en la cima de esos cerros, y en él se meten con sus caballos. Apenas divisan una presa, se abalanzan con la rapidez del halcon, van á avisar á su tribu y vuelven juntos al ataque; esta es su única industria, su única gloria; su civilizacion peculiar es el homicidio y el pillage, y tanta estima hacen ellos de sus triunfos en este género de proezas como nuestros conquistadores de la conquista de una provincia. Sus poetas, porque los tienen, celebran en sus versos estas escenas de barbarie, y transmiten, de una á otra generacion, el recuerdo, glorioso para ellos, de su

valor y de sus crímenes. Los caballos sobre todo, tienen su parte de gloria en aquellas poéticas relaciones; he aquí una que nos contó en el camino el hijo del jeque:

“Un árabe y su tribu habian atacado en el desierto la caravana de Damasco; la victoria fué completa, y ya los árabes estaban cargando su rico botin, cuando la caballería del bajà de Acre, que acudia al encuentro de aquella caravana, se precipitó de improviso sobre los árabes victoriosos, dió muerte á muchos de ellos, hizo prisioneros á los demas, y habiéndolos amarrado con cuerdas, se los llevó á Acre para ofrecérselos en regalo al bajà. Abou-el-Masch, que así se llamaba el árabe de quien nos hablaba, habia recibido una bala durante el combate; como su herida no era mortal, los turcos le ataron sobre un camello, y habiéndose apoderado del caballo, se le llevaron tambien consigo. Al anoecer del dia en que debian entrar en Acre, se acamparon con sus prisioneros en las montañas de Safadt; el árabe herido tenia las piernas atadas con una correa y estaba tendido junto á la tienda donde dormian los turcos. Durante la noche, como el dolor de su herida le tenia despierto, oyó relinchar á su caballo entre los otros caballos maniatados al rededor de las tiendas, segun el uso de los orientales; reconoció su voz y no pudiendo resistir al deseo de ir á hablar todavia una



vez al compañero de su vida, logró á duras penas, arrastrándose sobre las manos y las rodillas llegar hasta su corcel. “Pobre amigo mio, le dijo, ¿qué harás entre los turcos? Te encarcelarán bajo las bóvedas de un kan con los caballos de un aga ó de un bajá; las mugeres y los niños no te llevarán la leche de camello, la cebada ó el maiz en la palma de la mano; no volverás á correr libre por el desierto como el viento de Egipto, no hendirás con el pecho el agua del Jordan que refrescaba tu pelo tan blanco como tu espuma;—já lo ménos, si yo soy esclavo sé tú libre! Mira, vete, vuelve á la tienda que conoces, ve á decir á mi muger que Abou-el-Marsch no volverá nunca, y pasa tu cabeza entre las cortinas de la tienda para lamer la mano de mis hijos! Esto diciendo, Abou-el-Marsch habia roido con sus dientes la cuerda de pelo de cabra que sirve de trabas á los caballos árabes, y el animal quedó libre; pero viendo á su amo herido y atado á sus pies, el leal é inteligente corcel comprendió, con su instinto, lo que ninguna lengua podia explicarle; bajó la cabeza, olfateó á su amo y asiéndole con los dientes por la correa que llevaba á la cintura, partió á galope y lo llevó hasta sus tiendas. Al llegar, y depuesto que hubo á su amo en la arena á los pies de su muger y de sus hijos, el caballo espiró de cansancio; toda la tribu le lloró, los poetas le cantaron, y su nombre está constantemente en la boca de los arabes de Jericó.”

Ninguna idea tenemos en Europa del grado de inteligencia y apego á que la costumbre de vivir con la familia, de ser acariciado por los niños, sustentado por las mugeres, reprendido ó animado por la voz del amo, pueden elevar el instinto del caballo árabe. El animal es, por su raza misma, mas inteligente y manso que las razas de nuestros climas; lo mismo sucede con todos los animales en Arabia: la naturaleza ó el cielo les han dado mas instinto, mas fraternidad para el hombre que en nuestros paises: se acuerdan mas de los dias del Eden en que estaban sometidos voluntariamente al dominio del rey de la naturaleza. Yo mismo he visto muchas veces, en Siria, pájaros cogidos á la mañana por los muchachos y perfectamente domesticados por la tarde, sin tener ya necesidad de jaula ni de hilo en las patas para retenerlos con la familia que los adopta; antes bien, volando libres entre los naranjos y las moreras del huerto, y acudiendo á la voz á posarse en el dedo de los niños ó en la cabeza de las muchachas.

El caballo del jeque de Jericó, que compré y monté, me conocia al cabo de pocos dias, por su amo; ya no queria dejarse montar por nadie mas, y atravesaba toda la caravana para acudir a mi voz aunque mi lengua era estraña para él. Manso y cariñoso para mí, y acostumbrado á los cuidados de mis árabes, caminaba tranquilo y sossegado.



en su puesto en la caravana, miéntras no hallábamnos mas que turcos, árabes vestidos á la turca, ó sirios; pero si, aun pasado un año, llegaba a ver un beduino, montado en un cabllo del desierto, de repente parecia otro animal; sus ojos se inflamaban, se hinchaba su cuello, su cola se alzaba y azotaba sus hijares como un látigo; se ponía de manos y así andaba muchos pasos: no relinchaba, pero escataba un grito belicoso como el de una trompeta de cobre,— un grito tal que espantaba a todos los caballos, que se paraban aguzando las orejas para escucharle.

La misma fecha.

Al cabo de cinco horas de marcha, durante las cuales parecia que el rio se iba siempre alejando de nosotros, llegamos á la última meseta, á cuyo pié debia correr aquel, pero aunque no estábamos ya mas que á dos ó trescientos pasos de él, no veíamos mas que el llano y el desierto delante de nosotros, y ninguna señal de valle ni de rio. Esta ilusion del desierto es, en mi concepto, lo que ha hecho decir y creer á algunos viageros que le Jordan arrastra sus aguas fangosas por un cauce de guijarros y entre márgenes de arena en el desierto de Jericó. Aquellos viageros no lograron

llegar hasta el rio, y viendo de lejos un vasto mar de arena, no pudiendo imaginarse que un fresco, profundo, frondoso y bello jardin se hallaba entre los mesetas de aquel monótono desierto, y cubria las márgenes del Jordan con cortinas de verdura que le envidiaria el mismo Támesis; y sin embargo así es la verdad.

Confundidos y encantados quedamos cuando llegado que hubimos al borde la última meseta que remata de repente siguiéndole una vega tajada verticalmente, tuvimos á la vista uno de los mas graciosos valles en que jamas han descansado nuestras miradas: precipitámonos á él al galope de nuestros caballos, atraídos por la novedad del espectáculo y por el halago de la frescura, de la humedad y de la sombra de que todo aquel valle estaba lleno; por donde quiera no se veian mas que praderas de la mas hermosa verdura, salpicadas de juncos en flor y plantas bulbosas cuyas anchas y brillantes corolas sembraban de estrellas de todos colores el cespèd y el pié de los árboles;—bosquecillos de arbustos de largos tallos flecsibbles, cayendo como penachos alrededor de sus multiplicados troncos;—grandes abedules de Paris, de ligero follage, no alzándose en pirámides como nuestros abedules podados, sino estendiendo libremente, por todos lados, sus nervudos miembros co-



mo los de las encinas, y cuya corteza, lisa y blanca, brillaba à los móviles rayos del sol matinal; bosques de sauces de todas especies y de grandes mimbrés, tan espesos que era imposible penetrar en ellos, tan apiñados estaban los árboles y tan intrincada red formaban las innumerables plantas rastreras que serpeaban à sus piés y se entretejían de una à otra rama.

Aquellos bosques se estendían hasta perderse de vista à los dos lados del río. Fué nos preciso aparearnos y establecer nuestro campamento en uno de los claros del bosque, para penetrar à pié hasta lo corriente del Jordan que oíamos sin verla. Avanzamos con trabajo, ya entre la maleza, ya entre las altas junqueras, hasta que hallamos al pié un sitio donde solo el césped rodeaba las aguas, y mojamos nuestros piés y nuestras manos en el río. Puede este tener de ciento à ciento veinte piés de anchura; su profundidad parece considerable, su corriente es rápida como la del Ródano en Ginebra; sus aguas son de un color azul pálido, y están ligeramente empañadas por la mezcla de las tierras grises que atraviesa y de las que à cada momento oíamos desmoronarse en las aguas enormes fragmentos; sus orillas son verticales, pero el río las llena hasta el pié de los juncos y de los árboles de que están cubiertas. Estos árboles, minados à cada instante por las guas, dejaban pender

sobre ellas sus raíces; desarraigados muchas veces, y careciendo de apoyo en la tierra que se desmorona, se inclinan sobre las aguas con todas sus ramas y todas sus hojas que entran en ellas, y lanzan especies de arcos de verdura de una à otra margen.

De cuando en cuando uno de aquellos árboles es arrebatado con la porción del suelo que le sostiene, y boga todo hojoso sobre el río con sus enredaderas arrancadas y enganchadas à sus ramos, sus nidos sumergidos y sus pájaros todavía encaramados à sus ramas; varios vimos pasar en las pocas horas que pasamos en aquella encantadora vega. El bosque sigue todas las sinuosidades del Jordan, y por do quiera le teje una perpetua guirnalda de ramos y de hojas que se bañan en el agua y hacen murmurar sus ligeras olas. Una innumerable cantidad de pájaros habita aquellas impenetrables selvas. Los árabes nos previenen que no nos separemos de nuestras armas y que avancemos con cautela, porque aquellas espesuras son el asilo de algunos leones, onzas y panteras. Ninguno vimos, pero muchas veces oímos entre la maleza rugidos semejantes à los de estas fieras, y un ruido parecido al que hacen penetrando en lo intrincado de los profundos bosques. Recorrimos, durante una ó dos horas, las partes accesibles de la orilla de aquel hermoso río. En algunos sitios los árabes de las tribus salvages de las montañas de la Arabia Petrea,